

# Tejedora

Nina Allan

*Una novela corta sobre el mito de Aracne en una Grecia alternativa*

Su padre no fue a despedirla. No era extraño que se levantase temprano y saliese con el barco, pero Layla sabía que hoy lo había hecho adrede, que no quería verla marchar. Anduvo hacia la estación de autobuses por el camino que daba a la bahía, esperando tener la oportunidad de divisarlo a lo lejos, ver su cuerpo dibujar una línea tensa sobre el agua mientras tiraba de las cuerdas del *Auster*, dirigiendo la vela al amanecer como una flecha hacia el fuego. Oteó el horizonte expectante, protegiéndose los ojos del sol con las manos, pero no había rastro de él. Probablemente estaría ya mar adentro. Podrían pasar horas hasta que regresara.

Llegó a la parada de autobuses del puerto justo después de las seis. La aurora estaba saliendo del mar y llegando a la arena. De niña, a Layla le gustaba imaginar que su madre regresaría a ella de aquella forma, emergiendo lentamente de las aguas en las que se había ahogado, con el vestido empapado pegado a las curvas de su cuerpo como

una segunda piel, sus largos y arqueados pies tan blancos como una perla calzados en sus sandalias de ante rosa.

La parada estaba desierta. El autobús de las siete iría mucho más lleno, cosa que Layla había querido evitar. Al final el autobús llegó tarde, traqueteando por la carretera de la costa, dejando un reguero de humo de diésel y fino polvo blanco. Layla presentó su billete al conductor y ocupó un asiento de la parte delantera. No le gustaban los asientos traseros, donde los mercaderes de telas y los recolectores de lana jugaban interminables torneos de *whist* y se dejaban algún ojo morado cuando empezaban a perder. Guardó la mochila debajo del asiento. Eso le dejaba poco espacio pero no se fiaba de poner el equipaje en el estante.

Mientras el autobús se alejaba del litoral y se adentraba en la tierra Layla se preguntó si era verdad lo que la nana Iona le había dicho, que una vez que estabas lejos de la costa Mani parecía otro país completamente distinto. Layla podía sentir el áspero aliento de la tierra, tan distinto de las brisas dulces que agitaban las olas en la costa de Kardamili. La carretera de montaña era accidentada, de gravilla, con tramos aún sin hacer y ondulaba bajo pendientes escarpadas pobladas por raquíuticos olivos y saxífragas doradas. Por primera vez desde que compró el billete, Layla se sintió atenazada por las dudas y por algo que interpretó como nostalgia. Si el Taigeto era otro país, Ciudad Atolón era en sí un mundo alienígena.

Llegaron a Kalamata alrededor del mediodía. Era una parada programada de descanso, una hora para aprovisionarse de comida o simplemente estirar las piernas. Layla caminó hasta el puerto, donde una remesa de cristal estaba siendo descargada de un buque de vapor y llevada en pilas resplandecientes a la bodega de un avión de transporte. Los peones brillaban de sudor mientras un minúsculo hombre barbudo con un iPad en la mano correteaba por la pista gritando instrucciones. Layla se compró un sándwich de cangrejo y se dedicó a observar el tráfico del puerto, que avanzaba despacio por las gradas que llevaban hacia la carretera de circunvalación. La gente en los coches

vestía con colores brillantes: prendas baratas en un arcoíris de tejidos sintéticos, reducciones de los tonos que a su padre le había llevado décadas perfeccionar. La ruidosa cacofonía le provocó una sensación de picor en las terminaciones nerviosas.

Cuando quedaban cinco minutos para salir empezó a caminar de vuelta al autobús. Sabía que se subirían más pasajeros en Kalamata y no quería arriesgarse a perder su asiento. Cuando terminó el descanso el autobús estaba lleno. El asiento junto al suyo, que había estado vacío hasta la parada, estaba ahora ocupado por una anciana. Era delgada como un palo y su aspecto inspiraba miedo, pues su fealdad resultaba casi monstruosa. Sujetaba una mochila en el regazo, una bolsa de cuero con cordones que parecía hincharse y palpitar con vida propia. A Layla le aterrorizó pensar qué espanto podría esconderse allí dentro. Miró fijamente por la ventana, decidida a no encontrarse con la mirada de la vieja. Se moría por sacar su bordado, pero la mochila se le había escurrido debajo del asiento y no quería llamar la atención rebuscándola. Aún faltaban cinco horas hasta que pararan a dormir en Corinto. La idea de tener a la vieja pegada a ella durante el viaje le daba arcadas. Hicieron una parada para ir al baño en Tegea, donde para sorpresa de Layla la mujer dejó vacío el asiento tan pronto como se detuvo el vehículo. Layla cogió su mochila y bajó del autobús. Había una fuente de agua potable en la cuneta de la carretera, unas tuberías oxidadas colocadas directamente en la roca. Layla bebió y se impregnó la boca y la garganta de sabor a monedas. A pesar del calor acumulado durante todo el día el agua estaba helada.

Las chicharras gritaban agitadas. La accidentada carretera resplandecía de calor como un espejismo. Después de diez minutos o así el conductor del autobús hizo sonar un silbato y todos empezaron a embarcar de nuevo. Layla se abrió paso a empujones para ponerse al frente porque no quería que la vieja se le adelantara y le arrebatara el asiento junto a la ventana. Le sorprendió que la anciana no apareciera. Cuando salieron a bandazos del área de descanso Layla echó un vistazo hacia el lateral de la carretera, casi esperando ver a la mujer

renquear detrás del autobús en una lisiada carrera, con la abultada mochila de cuero aferrada contra el pecho. No había ni rastro de ella, sin embargo, y el asiento junto al de Layla permaneció vacío.

Al avanzar la tarde la luz se fue atenuando, pasando del topacio al zafiro y luego a un amatista grisáceo. Layla abrió la mochila y sacó la panorámica en miniatura en la que había estado trabajando antes de marcharse. Acababa de empezarla, y solo una esquina brillante de puntadas daba prueba de lo que pretendía, pero la pieza ya la había poseído, se había convertido para ella, como le pasaba siempre con cada nueva obra, en una extensión material de su espíritu.

Había escogido el más pequeño de todos sus bastidores, el único que le pareció que podría caber en la mochila sin tener que desmontarlo. Estaba hecho de madera de ginkgo lijada y después sellada con aceite de teca, las dos secciones unidas con un calce perfecto. Iona había sido la primera que le había enseñado a usarlo, cómo estirar bien la tela sobre el círculo interior, cómo asegurarla después apretando los cuatro tornillos de latón del círculo exterior. Layla tenía entonces cuatro años y no paraba de incordiar rebuscando en la cesta de bordado de Iona.

No era de extrañar que Iona creyese que la niña a su cargo se aburriría en cuanto tuviera que enfrentarse a algo más constructivo que dar puntadas aleatorias, pero resultó que se equivocaba. Aquella misma tarde, Layla fue capaz de hacer un punto cruzado sencillo. Una semana después le enseñó su primer tapiz a su padre, Idmón. Era una obra sencilla pero aun así extraordinaria. Donde un niño menos hábil habría tratado de representar un diagrama simplificado de su casa, por ejemplo, o de su mono mascota, la Layla Vargas de cuatro años había llenado de colores toda la tela circular con un bosque de puntadas verdes, un diseño abstracto confeccionado con los cabos sueltos de seda de prueba que había encontrado desperdigados debajo de los bancos de trabajo de los maestros tintoreros. Idmón Vargas contó veintiséis tonos de verde en total. La puntada era casi perfectamente uniforme, el tipo de trabajo que se esperaba de una chica que le triplicase la edad o más.

Layla recordaba que todos la habían halagado por su trabajo, recordaba haber tomado conciencia de que a los ojos de Iona, de su padre y de los trabajadores de las tiendas de seda había logrado una proeza insólita. Pero ante sus propios ojos aquellas cosas eran accesorias y superficiales, como las pequeñas olas que se deslizan por la costa al primer soplo de viento. Lo fundamental para ella era lo que sucedía en su interior cuando pensaba en la seda. Antes de aprender a hacer punto de cruz había vivido rodeada de color y textura sin darse cuenta de que eran materiales con los que se podían elaborar otras cosas. Después, el marco de ginkgo se convirtió para ella en una «o» tan vasta como el mundo, una ventana circular por la que podía salir y entrar en reinos y realidades de su propia elección. Con esa «o» podía darle sentido al color y transformarlo en su esclavo. Podía convertirlo en algo suyo, perfeccionarlo como la suma sacerdotisa de Delfos perfeccionaba los ecos vacíos en las huecas rocas subterráneas y los sacaba a la luz del sol convertidos en la voz de un dios.

A los doce años, Layla se convenció de repente de que su madre, Romilly Perek, había sido una sibila. Era la única forma de explicarse su don, y aunque todos los videntes tenían ahora los mismos derechos ante la ley, había aprendido en el colegio que las sibilas seguían siendo ejecutadas por crímenes de clarividencia hasta hacía apenas diez años, sobre todo en provincias.

Guardó para sí esos pensamientos hasta que fueron una carga demasiado pesada. Entonces le preguntó a Iona si era verdad.

—No digas tonterías —le respondió Iona. El rostro se le coloreó con un intenso rojo como el moco de pavo y Layla se acordó de algo en lo que no solía pensar: que Iona era la hija del carnicero, que cuando no cocinaba y limpiaba para Idmón Vargas estaba en el matadero, hirviendo cubos de sangre para hacer morcillas—. Tu madre no habría sabido lo que era una aguja ni aunque saltara y le pinchara en la cara. Escribía cosas, nada más, estupideces. No tenía tiempo para la clarividencia, igual que no tenía tiempo para la ley ni para el foro ni

para el trabajo honesto, ya que estamos. No dejes que tu padre te pille haciendo preguntas sobre ella o te zurrará.

Layla tuvo ganas de cruzarle la cara a Iona con la mano abierta, empujarla a la alacena de la carne y recordarle que Idmón Vargas no le había «zurrado» en toda su vida. En vez de eso fue a su habitación, se tumbó en la cama y se clavó las uñas en las manos para reprimir el llanto. No porque llorar le pareciera mal, sino porque no iba a permitir que Iona Phillipos la viera así. Aquella misma tarde, empezó a trabajar en lo que luego reconoció como la primera de lo que llamó sus panorámicas, tapices a gran escala del largo y ancho de una mesa de comedor o incluso más grandes, lo bastante para narrar historias enteras en vez de ilustrar escenas concretas.

La primera panorámica mostraba un equipo de trirremes saliendo de la bahía circular de Limeni. En un primer plano, junto al muro del puerto, dos pescadores arrastraban fuera del agua el cuerpo de una mujer. Sus pies estaban atados. El agua caía por los torsos desnudos de los pescadores en riachuelos de aguamarina transparente. El efecto del agua era particularmente difícil de conseguir y Layla había trabajado en ello de forma obsesiva, descosiendo y volviendo a coser hasta que quedó bien.

El capitán del trirreme principal, un hombre fornido de pelo oscuro con una barba negra cuadrada, hablaba por el móvil.

Cuando su padre vio el tapiz se quedó en silencio.

—¿Quién te lo ha contado? —preguntó al fin—. No quería que supieras lo de tu madre hasta que fueras mayor.

—Nadie me ha dicho nada —dijo Layla—. Me lo he inventado yo sola.

Layla sintió una intensa punzada de irritación por el hecho de que su padre pudiera pensar que había copiado, que asumiese que las imágenes del tapiz no eran de su propia invención. En ese mismo instante, Iona, tan robusta y enérgica como un tren de vapor, entró en la habitación y se puso a recoger tres tazas de café sucias, un montón de revistas y un plato con cortezas de tostadas. Supuestamente Iona no

debía entrar en la habitación de Layla sin llamar y Layla sabía que si lo había hecho justo entonces era solo porque su padre se encontraba allí. Layla abrió la boca para protestar, pero en aquel momento Iona alzó la cabeza y vio por primera vez la panorámica.

Las tazas de café se estrellaron contra el suelo. Dos de ellas se hicieron añicos y Layla vio la tercera desaparecer rodando debajo de una silla (la recuperó un mes después, llena de moho). Iona tenía las manos apretadas contra la boca y a Layla le impresionó ver brotar lágrimas de sus ojos.

—No pasa nada, Iona —dijo su padre—. Layla y yo terminaremos de recoger. Tú vuelve a casa, pareces cansada.

Después de que Iona se marchara y ellos hubieran cenado, Idmón Vargas le contó a su hija cómo había muerto su madre.

La historia sigue en *Tejedora*  
[fatalibelli.com](http://fatalibelli.com)